



Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

HUMANITAS

2002

Edición 29

BAJO LOS SIGNOS DE LA POSTMODERNIDAD

Dra. Alma Silvia Rodríguez.
Profesora e investigadora.
Centro de Estudios Humanísticos.
Instituto de Investigaciones Jurídicas
Facultad de Derecho y Criminología.

Refiere el poeta que Tzu-Lu que cuando le preguntó a Confucio: "Si el duque de Wei te llamase para administrar su país, ¿Cuál sería tu primer medida?". Confucio respondió sin chistar "La reforma del lenguaje". Agrega el poeta no saber si el mal empieza en las palabras o en las cosas, porque cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido de nuestros actos y de nuestras obras también se tambalea. Yo pienso como él: las cosas se sustentan en sus nombres y viceversa.
(Ana Clavel, 2000)

¿Son las representaciones icónicas exteriorización materializada de los fenómenos sociohistóricos? ¿Pueden los signos constituir el eje explicativo del gran metarrelato de nuestra época? ¿Cuán apropiada puede ser la codificación retórica en la iconografía actual?

... Nadie puede responder a estas preguntas sin reflexionar en torno al contexto en el que se producen y reciben dichas formas simbólicas. En la medida en que el objeto de nuestra indagación es un campo preinterpretado, estamos obligados a ir más allá de los constructos significativos. Es decir, a analizar, examinar, deconstruir y dar lectura a la interrelación entre lo social, cultural, histórico y lingüístico; interpretar la realidad de los fenómenos ideológicos que están representados en los signos.

Con esta perspectiva, abordo el fenómeno de la globalización con su tendencia hacia la macrocompetencia y su secuela de homogeneización.

Aquello que G. Ritzer, Villoro y otros, han llamado *la McDonaldisación de la sociedad*.

La estandarización es innegable, Naisbitt denomina este fenómeno la *paradoja global*, que tiene su contraparte, la regionalización, llamada por algunos estudiosos la *posición bipolar* que confronta a los grupos, a nivel macro y micro, por el control territorial.

La historia nos ha colocado en una encrucijada: la transformación de estados-nación. Se trata de una nueva identidad, que oscila bajo los parámetros de la competencia por el poder económico, político y social.

Pero hay además, una absolutización del poder racional que obedece a los intereses de la cultura del conocimiento, principal fuerza económica, cuya medida del éxito es un máximo de eficiencia; la mejor relación entre costos y producto. Factor detonante de un relativismo social, epistemológico y de gobierno, que obedece a un código diferente al moral, esto es, busca la autonomía, la soberanía y la libertad de la nación sobre la base de una *ética de resultados*.

Vivimos la memoria histórica del inmediatismo, donde el sentido de la vida pertenece a lo irreal o imaginario, pues el orden mundial valida sólo lo fáctico, que unido a lo tecnológico, convierten el progreso, en la paradigma por excelencia de la existencia humana.

La ciencia se constituye en la portadora de este nuevo avance, pero ajena al hombre. Es la *hiperracionalidad social* —de la que habla Luhman— que separa al ser humano de su esencia. La *quimera modernista* que, lejos de abrir opciones, nos lleva paradójicamente a perder nuestra esencia. El sujeto se ha vuelto irrecuperable; se ha perdido irremediamente. Son los signos de la posmodernidad con sus ingredientes de: alienación, desintegración, relativización axiológica de lo moral, lo político, conjuntamente con la satisfacción inmediata de los sentidos. Las ideas que circulan en palabras, enunciados, textos.

La *iconografía publicitaria* y los medios, conformadores de las formas simbólicas massmedias, han sustituido el marco tradicional de la escuela y la familia, para manipular el libre albedrío a favor de los intereses del mercado. Los iconos populares están hechos así para ser leídos semióticamente. De esta manera se proclaman un sinnúmero de *verdades* que se comunican a través de un corpus discursivo que encubre las relaciones de poder, y son muestra evidente de la fuerza subyacente de las ideologías dominantes (Thompson, 1998). Tal como lo escribí antes, el lenguaje es el soporte que se reviste de asociaciones sincréticas que

pertenecen al ámbito de las ideologías y que se comunican por formas simbólicas significativas.

Detrás de cada signo, de cada símbolo, incuestionablemente está latente una *realidad punzante*. Un mundo que se desdibuja, que ha perdido sus valores en un afán mercantilista, incrementando las desigualdades, lo mismo que la miseria moral del ser humano. La cibersociedad ha atrapado al hombre, fomentando una mentalidad operativa, utilitaria, que legitima los monopolios; la gran alianza entre las empresas transnacionales y las de telecomunicación, que se convierten en una institución de poder, creando el mercado de bienes culturales.

La razón rompe de este modo con el pasado, con la cultura ancestral. Pero el progreso está marcado por una tendencia hacia una *masificación irreflexiva*. Las redes de transmisión no son neutrales respecto a los contenidos y el control de los mismos. Hay un juego de intereses en la distribución de tecnologías mediáticas que contribuye a la manipulación de la información.

La cultura se convierte —como afirma Adorno— en una industria, que se asocia con la producción y la circulación de las formas simbólicas atrapadas en el proceso de la mercantilización. Por este hecho, el análisis cultural de la iconoesfera, debe contemplar el contexto, asociado a los significados incorporados a las formas simbólicas; el surgimiento de las nuevas identidades que nacen de modelos homogeneizadores y diluyen el *yo* verdadero y substancial; formas que sólo viven en palabras que son de todos, pero no son de nadie. Se nos imponen estilos de vida, moda, etc. Somos producto de una sociedad de consumo que condiciona nuestro sentir, pensar, y forja nuestro destino colectivo.

Habermas intentó recuperar el *tiempo libertador del racionalismo*, pero la tendencia posmodernista fortaleció las ideas en favor del presente. La historia se relativiza y la *tecnología comunicacional* deja un doble mensaje: *sed operativos, es decir, conmesurables o si no desapareced* (Lyotard, 1993).

El hombre ha quedado entramado en un mundo que juega con signos; signos que ya no significan, se han vuelto vacíos, objeto de consumo, aferrados a un efímero presente donde no existe ni la identidad personal, ni la social.

Es un espiral donde el sujeto se pierde en la trama de los metarrelatos... y para escapar, se sumerge en una *orgia de sensaciones*.

Nos conformamos con vivir la sensación de vértigo y aplaudir aquello que exalta la degradación del hombre.

Hay un exceso de signos, ¡una espectacular densificación de la iconoesfera que relativiza e inventa la historia! Sin embargo, todavía parece descubrirse la expresión del inconsciente colectivo que clama por otros símbolos que le permitan enfrentar la angustia de existir.

Lyotard hablará de la pérdida de la experiencia que deja abierta esta problemática donde radica el estatuto filosófico de la refiguración; donde la dialéctica del acontecimiento y del sentido vincula acciones centrales y periféricas propiciando la hibridación; supervivencias contaminadas de modernidad que han puesto en circulación otra historia escrita en códigos semióticos, cuyos *modus operandi* reflejan las relaciones de dominación. Ideologías dominantes que, bajo el mito del progreso, ejercen mecanismos de manipulación, de control ideológico, que dividen a grupos, evitan la solidaridad interna, limitan el acceso al discurso público, adoptan moderadamente las ideologías populares y controlan los medios de comunicación manejando estrategias discursivas de opinión.

La imagen icónica forma así, parte indisoluble de la vida moderna, pues aunque el lenguaje verbal *por sí solo* constituye un signo, la iconoesfera contemporánea tiende a remplazarlo. Nuestra experiencia directa de la realidad se manifiesta en imágenes icónicas que interactúan en una estructura que Cirlot denomina *la sintaxis simbólica*, la cual emerge y participa del devenir histórico y que es, antes que nada signo de una ausencia: la del objeto o sujeto representado, que sustituye simbólicamente (Gubern, 1987) la realidad y crea un *constructo social*.

¿Cuál es el sentido de esto? La teoría de las representaciones icónicas, coherente con la teoría sintáctica de la percepción visual postulada por la Gestalt, presupone la alteridad histórica extrapolable a los textos. Un texto remite a otro y de éste al de la continuidad.

Van Dijk encuentra el correlato mediante la ordenación jerárquica de los significados. La idea básica es que, una secuencia, no es meramente la suma de las proposiciones que subyacen a un todo, sino una macroestructura semántica susceptible de trasladarse al campo de las representaciones icónicas (Van Dijk, 1998).

Desde el contexto social, la articulación del acto sémico es, en numerosos casos, de naturaleza verboicónica, pues lo verbal permite un nivel más intenso de denotación. La forma más usual de transmisión verboicónica, está definida por el contraste entre una imagen cuya carga

connotativa suele ser alta y un lenguaje verbal con orientación predominante denotativa. Aún cuando sabemos de antemano, que el mensaje icónico al que se le superponen elementos verbales, se ve restringido a una interpretación más rígida.

No obstante, existe un desplazamiento, una extrapolación de contextos, de interacciones dinámicas que permiten la aparición de otros símbolos. Hay un nuevo lenguaje que refiere nuestra experiencia y constituye la iconoesfera contemporánea, los universos simbólicos depositados en la conciencia de los sujetos que se debaten en disyuntivas éticas.

En este sentido, el análisis de los hechos discursivos fija su atención en las condiciones tácitas que hacen posible la existencia de un enunciado y sus correlaciones con los demás enunciados. Los cuales se referirán a objetos, fenómenos o procesos del mundo real que desembocan sensorialmente en una "imagería icónica como parte indisoluble de la ciudad moderna".

Los signos son pues, la exteriorización materializada de fenómenos socio-históricos, espacio donde convergen las voces que nombran, descubren, reinventan. El soporte de nuestra cultura pragmática, donde se gesta un relativismo escéptico que todo lo diluye y donde sólo se reconoce la postura del dominador y la espuria del dominado.

En este escenario global, es necesario enfatizar en el impacto de las nuevas tecnologías de la comunicación. Los alcances que tienen este fenómeno convergen hacia la legitimación de un modelo económico que promueve una sociedad alienada por el consumismo. Aunque otras posturas señalan que los códigos no son totales; fracturan el medio de significación codificada. En otras palabras, *la vida gana sobre los códigos*. Los medios se imponen, pero la fuerza imaginaria irrumpe el discurso bajo otros modos de simbolización. En los edificios del lenguaje siempre hay pasillos sin luz, escaleras imprevistas, sótanos escondidos detrás de puertas cerradas cuyas llaves se pierden en bolsillos agujerados del único dueño, el soberano rey de los significados (C. Rivera, 1999).

En esta situación coyuntural ¿Pueden los signos constituirse en el eje explicativo de nuestra época?

La modernidad apareció en los países industrializados, asociada con la secularización y la simultaneidad de la revolución industrial y social. En los países periféricos, se presenta a través de un discurso político que promete bienestar. García Condini afirma que en los países subdesarrollados la

modernidad es, más bien, una moda que, si bien imita el modelo de los países centrales, somete a su propia circunstancia los postulados del discurso político moderno. Campo-sujeto en el que las formas simbólicas son constructos significativos en donde se insertan las condiciones sociales e históricas sujetas al orden temporal.

La tecnología de la información nos lleva a vivir en la aldea global, pero al mismo tiempo recrudescen el vacío existencial que nos empuja a comunicarnos entre sí, para redescubrir nuestra identidad (F. Fernández, 1997).

Pareciera que este es el camino a un nuevo renacer, no obstante, la complacencia por el mercado de las tecnologías informativas crece vertiginosamente y nos invade. A través de diversos canales sensoriales. Ligada a mecanismos de legitimación, la metáfora cibernética se conecta a la metáfora ecológica, para imponer, tal como sustenta Bateson, un *modus operandi* de la mente descontextualizada de la lógica. El problema no es sólo la tecnología, sino la nueva identidad asociada al proceso de hibridación intercultural.

En la dinámica de la globalización, es evidente que el mercado mundial de bienes simbólicos y de participación diferencial, presenta una nueva cultura. Pero los grupos locales e individuales de recepción, han generado el concepto de *híbrido*, que nos ha permitido descubrir una oralidad cultural manifiesta en formas de habla diversas. Detrás de la supuesta homogeneidad de las estructuras discursivas, se revela la *presencia silenciosa de un "otro" colonizado*. Hay una hibridez simbólica que exterioriza los "recursos inadvertidos" de la dominación. Asimetrías de la modernidad, formas de interacción cultural, que revelan un nuevo referente cuyo soporte es el paradigma informacional.

John Naisbitt incluyó entre las *megatendencias*, un renacimiento religioso como producto de la necesidad sobre el significado de la vida. Señalando que, los cambios y crisis traen consigo una nueva ideología. ¿Será la tecnología digital, la ideología de este siglo?

La aparición del proyecto postmodernista con su crecimiento tecnológico acelera el proceso de urbanización, y su consecuente masificación; "metamorfosis fantasmagóricas, de una situación marginal o el paseo errático de no ser ya libremente elegido, sino impuesto por las circunstancias... En medio de una desocupación masiva, la multitud ya no es únicamente el velo que se tiende sobre el *flâneur*, a pesar suyo, sino una fosa en la que se disuelven las individualidades" (Pierre.1998:180)

El drama es un mundo conceptual, pero a la vez escéptico, que busca en la propia fragmentación, dar coherencia a la vida "Los átomos están situados en cruces de relaciones pragmáticas, pero también son desplazados por los mensajes que los atraviesan, en un movimiento perpetuo..." (Lyotard.1993:39)

Es la sociedad moderna que se funda en el uso y abuso de la razón, y constituye la medida de los actos humanos recabados acumulativamente en la Gran Historia.

Es en este momento cuando la teoría implícita y explícita de la postmodernidad pone el acento sobre los actos del habla. "Hablar es reescribir, es volver a descubrir la autorreflexibilidad de lo simbólico; pero también es combatir, en el sentido de jugar, inventar palabras y sentidos bajo la idea de una agonística del lenguaje" (Lyotard. 1993: 27). En otros términos, es elaborar un código cuyos signos posean un significado que transforme las relaciones intraindividuales y constituya una nueva historicidad.

La masificación caracteriza la función discursiva del lenguaje, y dificulta la integración entre el pensamiento y la comunicación que define las relaciones entre los hombres. "Una imitación visual (nos atrevemos a decir 'realista') completa un sistema en el cual el rol de la onomatopeya en el origen del lenguaje, valorizado en exceso, no es cuestionado, sino por el contrario reforzado" (Pierre.1988:57)

El proyecto consecuentemente se degrada y el universo de valores se construye en un diálogo fracturado por la incertidumbre. La nueva concepción de la cultura borra los límites. Es la cultura híbrida donde la secularización produce un discurso, "una suerte de escenografía de lo que fue el progresismo liberal, en una versión degradada y grotesca". (Arlt.1993: 117).

Entonces ¿Cómo interpretar los signos? ¿Cómo busca el hombre resolver su identidad? ¿El sentido de su vida?.

Los signos, son el espacio vital, que construyen lo que posiblemente será nuestra marca distintiva, la instantaneidad. La vida es tan breve que no vale la pena detenerse. Por ello, el presente se vive con una actitud de indiferencia y de agnosticismo. Circunstancia que favorece la imposición del criterio de operatividad, lo que hunde al hombre en un vacío existencial, que propicia el mercado de bienes culturales y tecnología comunicacional ajenas al sentido más profundo de la existencia.

Ante este panorama, el hombre busca la valoración de una tradición que anude valores y principios que atañen al ser social. No obstante la vuelta es "ambigua". El ámbito de la realidad vive la caída de los metarrelatos; la deshumanización que crea nuevos símbolos, que al ser descontextualizados, sufren de una muerte anodina y se vuelven más vacíos. Se reconoce la forma, el objeto, pero no se puede acceder fácilmente al significado. El hombre está aprisionado en un mundo que juega con significantes y significados. Los signos se convierten en seudosignificantes de significados que la propia sociedad construye y deconstruye. No hay una verdad absoluta, todo se vuelve mercancía informacional, objeto de consumo, que se revierte en signos y símbolos aferrados a un efímero presente, en donde se debate la dialéctica del acontecimiento y del sentido.

"En esta diseminación de los juegos del lenguaje, el que parece disolverse es el propio sujeto. El lazo social es lingüístico, pero no está hecho de una única fibra. Es un campo donde se entrecruzan un número indeterminado de juegos de lenguajes que obedecen a reglas diferentes. Wittgenstein escribe: "Se puede considerar nuestro lenguaje como una vieja ciudad: un laberinto de callejas y de plazuelas, casas nuevas y viejas, y casas ampliadas en épocas recientes, y rodeadas de bastantes barrios nuevos, de calles rectilíneas bordeadas de casas uniformes? Y para demostrar que el principio de unitotalidad, o la síntesis bajo la autoridad de un metadiscurso de saber, es inaplicable, hace sufrir a la 'ciudad' del lenguaje la vieja paradoja del *sorites*, preguntando: ¿A partir de cuántas casas o calles una ciudad empieza a ser ciudad?". (Lyotard.1993: 77)

En esta falta de sentido se cae en redes flexibles de juegos del lenguaje, laberintos de signos, de textos. Pienso que nuestro destino de hombres no empezó tanto con la expulsión del paraíso sino con el nacimiento del lenguaje... cuando no prestamos atención a las palabras, último reducto para asirnos a la realidad, cuando los muertos de San Juan o los del 68 se cuentan en la versión oficial con las manos, entonces estamos perdidos, como si filtros y filtros se interpusieran entre nosotros y la realidad nombrada. Escindidos, cada vez más separados de nosotros mismos... La existencia del hombre se cifra en mentiras, en convenciones, pero las convenciones nos asfixian y nos separan más de la tierra. En todo caso la gente debería tener la opción de elegir la mentira que le conviniera. Como yo, que he escogido el paraíso de las palabras. (C. Rivera, 1999).

Los postestructuralistas diluyen la verdad en el texto. "La voluntad de verdad no es sino una forma de la voluntad de poder". La gran metanarrativa filosófica fundada por Platón pertenece, como afirmó

Nietzsche, a la genealogía de las formas de dominación, no a una historia epistemológica del progreso del conocimiento. (Frisby. 1992:285)

El fenómeno por tanto puede verse —como dice Schumacher— desde una triple dimensión:

a) *Epistemológica*: la disolución de la verdad en el texto o, lo que es lo mismo, la negación de la realidad. Aspecto en el que han insistido Barthes y Derrida.

b) *Antropológica*: la disolución de lo consciente en lo inconsciente, y la negación de la persona en un indefinido número de máscaras. (Deleuze y Foucault).

c) *Política*: la disolución de la política en simulacro y la democracia en dictadura. (Baudrillard y Lyotard).

Ante este panorama incierto y desconcertante, el fenómeno posmoderno contempla el desconsuelo de la masificación y la ausencia de perspectiva histórica. Lo que implica un tono de desesperanza, donde el sujeto se desvanece en un pragmatismo exacerbado.

La búsqueda de un nuevo orden mundial, que tuvo como secuela a largo plazo la Guerra Fría concluida en 1982, y el subsecuente desmoronamiento del bloque socialista, que, a su vez, propiciaron el desarrollo de la idea de "aldea global", determinó la desterritorialización y la instantaneidad. Un mundo globalizado, donde más que hablar de nacionalidad, se habla de transnacionalidad, y —mejor aún— multinacionalidad. Se trata pues, de una sociedad donde lo que importa son los intereses económicos que dominan el mercado. La cultura hegemónica, en cuyo horizonte aparece el fin de la ética y la disolución de la política en un simulacro.

El hombre acepta entonces, que hay un mercado publicitario que produce una información manipuladora, no dialógica, en la que habita el rechazo, y al historicismo. La historia no es la Gran Historia, sino un proceso donde incide lo regional con lo nacional y lo universal, y en el cual todos participamos. La importancia de estos factores en los procesos de codificación y de lectura de las representaciones icónicas, es una nueva actitud de solipsismo que propicia la desintregación del hombre y consecuentemente de la sociedad.

¿Cuáles son entonces las perspectivas de este fenómeno?

1) La que considera que la postmodernidad es un modo de racionalización, donde es necesario revisar los vínculos entre la tradición y las nuevas culturas.

2) La que señala que la postmodernidad es la continuación del modelo modernista. Desde esta perspectiva, lo que se acentúa son las diferencias, y se "refuerza nuestra capacidad para soportar lo inconmesurable". El lenguaje, en este sentido, se convierte en un juego entre individualidades. La alternativa es adoptar un "realismo holista" en el que la red de frases que constituyen el lenguaje pueda ser entendida a través de una forma que busca explicar una realidad extra-discursiva. (Frisby. 1992: 288)

3) La que define a la postmodernidad como una forma de simbolización y arguye que la razón es insuficiente, por lo tanto, ningún método puede acceder al conocimiento; entonces, si el método y la razón no funcionan es porque el lenguaje no es suficiente, y lo mejor es callar; decir nada es decir algo, y el silencio es la mejor manera de demostrar que estamos ante el fin. "Una masa muda por cada portavoz vacío carente de pasado. Conjunción maravillosa de quienes nada tienen que decir con las masas, que no hablan. Ominosa vaciedad de todo discurso" (Frisby. 1992: 296)

A pesar de esta última postura, nos enfrentamos a una época que proclama la razón como el modo de acceder al saber. Pero a la vez, es la razón sintetizadora, que se expresa por medio del lenguaje. Conjunto de signos polisémicos, donde la frontera entre la imagen mimética y la imagen simbólica aunque frágil, y sometida a los imperativos de cada contexto cultural, busca un sentido, una razón de ser, existir.

Es el hombre que va en camino hacia la búsqueda de la experiencia ancestral; el lugar del *logos*, donde se encuentra el extravío del caminar que lo ha conducido a la ruta del poder, que es el odio, "la tierra totalmente ilustrada que resplandece bajo el signo de una desgracia triunfal", como lo dijera Theodoro W. Adorno.

En ese vértigo de abismo, el imperativo interior es retomar el andar. Caminar la ruta transmutada, identificable con el humanismo. La que nos exige pensar en la necesidad de actuar como ciudadanos comprometidos con nuestro tiempo: hombres dispuestos a firmar acuerdos donde las ideas de libertad y democracia formen parte de conceptos filosóficos y jurídicos comunes, para reforzar una situación política que culmine en procesos de paz. El ahora nos impele a crear nuevas relaciones basadas no en la mera producción o construcción de sistemas que constituirían otras fases de la producción, sino vivir conforme a lo que los griegos llamaron el hecho primordial y fundamental de la cultura, el hombre.

Más aún, si se quiere ser auténtico, el hombre está impelido a darse, a encontrarse con el otro. Como afirma Nicol, un interlocutor nos hace

existir, pues articula la presencia del pensamiento que de otra manera carecería de significado. El *logos* implica tanto la intención comunicativa como el ser, desde donde emerge la experiencia de la libertad, que es voluntad de sentido, como afirma (Frankl, 1996).

Colocados en este tránsito, es preciso borrar de nuestra historia las sociedades que violentamente se incluyen en proyectos totalitarios, con modelos de dominación y manipulación, porque entonces todo se convierte en una pesadilla, donde la vida misma se retrae en un grito que parece el preuncio de muerte.

Oportuno es señalar que si el hombre cae bajo el dominio del conocimiento envuelto únicamente en la ciencia, la tecnología y la cibernética, se produce el vacío existencial que sólo puede ser colmado con procesos enmarcados en una dimensión que apela al encuentro con el otro, en comunicación dialógica, orientada al bien común.

Si el hombre quiere ayudar verdaderamente al hombre, a la humanidad, entonces la ciencia, la economía y la política han de transfigurarse. La observancia del derecho exige ir a la esencia del ser humano, a su espíritu, que aboga por la común-unió entre los hombres.

El respeto y la promoción de los derechos humanos tiene un costo e impone un compromiso personal. Recuperar la postura humanista, identificable con una cierta fuerza mística que conlleva buscar los signos de la paz y la justicia. Frente al absurdo que significa la nada, la única ruta viable para el hombre es, encontrar el sentido de su vida. Camino y umbral hacia una experiencia que se deja asumir en el encuentro. Conciencia del existir como un movimiento del ser humano que se proyecta, lo que significa históricamente, apertura.

Bibliografía

- Adorno, Theodor (1968) *Introducción a la sociología*. Gedisa. Barcelona.
Antúnez, Jaime (2000) *El humanismo para el tercer milenio*. Humanitas n°16. Año Iv Universidad Católica de Chile.

- Artl, Bourdieu, Deleuze y otros. (1993) *La mirada oblicua. Estudios culturales y democracia*. Compiladora Silvia Delfino. Colección Cuadernillos y Géneros. La Marca Buenos Aires.
- Bateson, Gregory. *Pasos hacia una ecología de la mente*. Lumen-Lohlé. Argentina
- Cirlot, Juan Eduardo (1978) *Diccionario de símbolos*. Editorial Labor. Barcelona.
- Clavel, A. (2000) *Los deseos y su sombra*. México. Alfaguara
- Fernández, Fátima (1999) *Medios de difusión masiva*. Juan Pablos. México.
- Frankl, Viktor Emil (1996) *El hombre en busca del sentido*. Herder. Barcelona
- Frisby, Habermas, Wellmer y otros. (1992) *Modernidad y postmodernidad*. Prefacio, introducción y compilación de Josep Picó. Editorial Alianza. Madrid.
- Gubern, Román. (1987) *La mirada opulenta. Exploración de la iconoesfera contemporánea*. Ed. Gustavo Gili, S.A. Barcelona.
- Luhman, Niklas. (1998) *Teoría de los sistemas sociales*. Universidad Iberoamericana. México
- Liotard, Jean- Francois. (1993) *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Colección Red Editorial Iberoamericana. Ed. Cátedra. México.
- Missac, Pierre. (1988) *Walter Benjamín. De un siglo a otro*. Serie Esquinas. Ed. Gedisa. Barcelona.
- Naisbitt, John, (1990) *Megatendencias 2000: diez nuevos rumbos para los años 90*. Norma. Colombia
- Nicol, Eduardo (1974) *Metafísica de la expresión*. F.C.E. México
- Ritzer, George (2000) *La Mcdonalización de la sociedad*. Ariel. España
- Schumacher, E.P. (1981) *Guía para los perplejos*. Debate, Madrid.
- Thompsom, John B. (1998) *Ideología y cultura moderna*. Universidad Autónoma Metropolitana. México.
- Van Dijk, Teun A. (1998) *La ideología*. Gedisa. Barcelona.
- Villoro, Juan (2002) *La cumbre*. Letras libres N° 40. Año IV. Editorial vuelta S.A. de C.V. México

NADIE ME VERÁ LLORAR Y LA RELECTURA DE LA MODERNIDAD

Gabriela Riveros Elizondo
Escritora e Investigadora.
Universidad de Monterrey

El silencio es la burla perfecta de la razón.
Cristina Rivera Garza.
Nadie me verá llorar.

*En los edificios del lenguaje siempre hay pasillos sin luz,
escaleras imprevistas, sótanos escondidos detrás de puertas cerradas
cuyas llaves se pierden en bolsillos agujerados del único dueño, el
soberano rey de los significados.*
Cristina Rivera Garza.
Nadie me verá llorar.

La novela "Nadie me verá llorar" de Cristina Rivera Garza, publicada en 1999, propone una nueva forma de ser en el lenguaje, de hacer literatura, de leer la realidad contemporánea. Para ello la autora toma a manera de herramientas una visión desacralizadora de la modernidad, el logocentrismo, la razón, el sujeto, la historia, el progreso. Hace de estos metarelatos piedras que se van desmoronando a lo largo de su nueva construcción –en el plano de la creación y la lectura. La posmodernidad es su lente para mirar las cosas; la periferia filosófica y epistemológica, su asiento. En el presente ensayo esbozaré de manera general diversos aspectos del relato novelístico de Rivera que contribuyen a confirmar esta propuesta. Para ello analizaré brevemente estructura, tiempo, espacio, personajes y temática.

Ya de entrada podemos percatarnos que su estructura externa se compone de ocho capítulos que a su vez se subdividen en fragmentos cortos. Por otro lado, la estructura interna de la obra está construida a partir de una serie de repeticiones y *leitmotifs* que nos recuerdan una estructura musical y quizá también una estructura visual –la de la fotografía–. Es así como aparece una pregunta o una frase que más tarde se retoma y, cada vez que aparece, enriquece su propio significado. La frase "Nadie la verá llorar" aparece cuando Matilda, la protagonista, de niña conoce la soledad al extraviar a su madre en El Tajín, más tarde aparece cuando Matilda entra a los 15 años a la ciudad de México por vez primera y observa la ciudad desde el ferrocarril. En este sentido, el lector va construyendo los significados a la